

El 1 de noviembre de 1988 naufragó una patera en Tarifa. Más de 6.700 personas han muerto desde entonces en el Estrecho

30 años del primer cadáver en la playa

JESÚS A. CAÑAS, Cádiz
 El cadáver tirado bocarriba sobre la arena, vestido, hinchado y con los brazos en cruz. La patera vacía y encallada en la orilla de una playa de Tarifa. Los cuatro supervivientes que narraban en francés la historia de un naufragio que "hiela el corazón". De ese 1 de noviembre, de hace justo 30 años, el periodista Ildefonso Sena tiene demasiados recuerdos y ninguno bueno. Hizo 10 fotos con su cámara Nikon compacta, aunque bastó una para que el suceso diese la vuelta a Europa. Sin pretenderlo, había inmortalizado la primera tragedia de la inmigración en el Estrecho de Gibraltar.

"No fui consciente de la cantidad de muertos que vendrían después", reconoce el periodista del *Diario de Cádiz*, hoy ya retirado. Dos cadáveres más al día siguiente, otros dos el 3 de noviembre, uno más en Ceuta; así hasta sumar 11 fallecidos y siete desaparecidos. Fue la primera patera naufragada en la frontera sur y en este 30º aniversario el drama está lejos de acabar. "No ha pasado un solo año en el que no haya habido tragedias mortales", reconoce Gabriel Delgado, director del Secretariado de Migraciones del Obispado de Cádiz desde 1993.

Desde ese 1 de noviembre de 1988 ya son 6.714 los inmigrantes fallecidos y desaparecidos en aguas del Estrecho, según esti-

maciones de un informe elaborado por Andalucía Acoge. Al caso de una tarde de finales de octubre, Antonio Ruiz y su hijo Francisco pasean entre las tumbas de decenas de ellos, en el cementerio de Tarifa. El primero era alcalde socialista cuando la localidad vivió su primera tragedia, Francisco lo es ahora, cuando el municipio —de 18.116 habitantes— no duda en prestar sus manos y recursos para atender a los centenares de recién llegados cada vez que el sistema de atención se colapsa.

En Tarifa ya saben que si el viento está en calma o sopla poniente, habrá pateras. Que si, de golpe, salta el furibundo levante hay más papeletas para que se produzcan dramas en la mar. "Tenemos 30 años de experiencia. Llevamos muchos años viendo esta realidad y estamos

El documental 'El naufragio' repasa las tres décadas de un drama

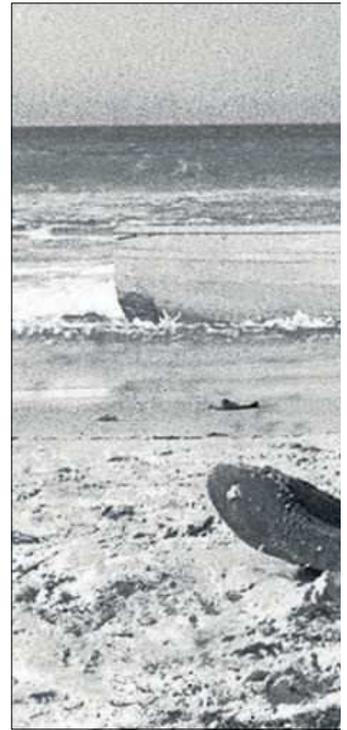
"La acogida hay que normalizarla, pero la muerte nunca", dice el alcalde

acostumbrados. La acogida hay que normalizarla, pero la muerte, nunca", reconoce Francisco Ruiz. Es la sabiduría no escrita del tarifeño, solidario hasta la extenuación —en verano, un centenar de vecinos se desvivió por atender a los migrantes acogi-

dos en el pabellón municipal—, pero cada vez más acostumbrado a la llegada de cadáveres de magrebíes y subsaharianos a sus costas.

No era así en los años ochenta, cuando el pueblo gaditano despertó a una realidad que ni sabía cómo interpretar. "No podíamos pensar que esto iba a llegar a lo que ha llegado", reconoce Antonio Ruiz. Sena lo corrobora: "El fenómeno migratorio se descubrió de forma paulatina. Entre 1982 y 1983 empezaron a llegar pateras, y la Guardia Civil al principio creía que eran portadores de droga. Luego se hizo más frecuente, pero nadie le dio importancia hasta el 1 de noviembre de 1988". Ese día, el periodista tenía jornada libre hasta que un guardia civil le dio el aviso: "Vente para la playa de Los Lances, ha aparecido un cadáver".

Cuando llegó, Sena descubrió la escena: "Hacia un viento infernal. A dos metros de la proa de la embarcación, estaba el joven muerto. Tendría 25 años, estaba cubierto de roña del mar". Se agachó para hacer las fotos. Luego, un agente le pidió que hiciese de intérprete en francés con los cuatro supervivientes marroquíes que había en la playa. "Me contaron que eran 23 y que habían zarpado a las doce de una playa de Tánger. A mitad de camino les sorprendió un levante muy fuerte. Llegaron cerca de la



costa y el barco volcó", reconstruye el periodista, de 67 años.

Los 11 fallecidos no tenían nombre ni filiación o familia conocida. Comenzaba una pauta que se haría demasiado habitual. Sin señal alguna, tras pasar por la morgue, acabaron ente-



rrados en el cementerio de Tarifa, donde la inscripción "inmigrante de Marruecos" puebla los nichos altos del camposanto. Ellos acabaron en una fosa común, la misma que hoy está rematada por una sencilla lápida: "En memoria de los inmigran-

tes fallecidos en aguas del Estrecho". La colocó Delgado cuando llegó al cargo. Para ese momento, él y su equipo descubrieron que, a diferencia de otras diócesis, el grueso de su labor estaría más en atender a los inmigrantes que a los emigrantes.

Imagen captada el 1 de noviembre de 1988 por el fotoperiodista del Diario de Cádiz Ildelfonso Sena, en una playa de Tarifa.

“Una gran fosa común”

Tres décadas después de la primera foto de un inmigrante muerto en la playa de Los Lances, en Tarifa (Cádiz), el Mediterráneo sigue tragándose la vida de cientos de personas cada año. Según la federación Andalucía Acoge, 6.714 personas han muerto o desaparecido —8.000 según la Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía— en las costas andaluzas cuando intentaban cruzar el Estrecho de Gibraltar. “Una gran fosa común”, como lo define la presidenta de la entidad, Elena Tajuelo, que echando la vista atrás hasta aquel Día de Difuntos de 1988 denuncia que “nada ha cambiado”.

En el balance de datos de estas tres décadas destaca que otras 235.568 personas han entrado de manera irregular por vía marítima desde 1999. Fue en ese año cuando empezó el recuento estadístico tras la adhesión de España al Acuerdo de Schengen, que significó la exigencia del visado a personas de 110 países, entre ellos todos los africanos, incluido Marruecos.

Delgado lleva ya 25 años de sentimientos agrídulces, de migrantes que consiguen salir adelante y de otros que se convierten en una mera diligencia judicial anónima de una tumba en los camposantos de Tarifa, Barbate, Ceuta o Conil. En este cuarto de siglo, el responsable de Migraciones del Obispado ha visto regueros de muertos en las playas o niños fallecidos, como Samuel, hallado a principios de 2017 en Barbate. “La tragedia mortal me llega muy adentro. No soy capaz de acostumbrarme”, reconoce el sacerdote, que ha oficiado decenas de entierros similares.

Cada segundo miércoles de mes, el organismo eclesástico promueve los encuentros *Círculos de silencio* en ciudades de ambas orillas. “Queremos que nadie se acostumbre a la tragedia. Ahora temo que, además, pasemos de la globalización de la indiferencia a la globalización del rechazo”, explica Delgado con tono de preocupación. No hay cita del Secretariado de Migraciones en la que no tengan que rendir homenaje a un nuevo fallecido o desaparecido. Ese 1 de noviembre de 1988 era difícil de imaginar que el Estrecho se convertiría en la fosa común que es hoy. Aquella ventosa mañana, tan solo era el día en el que Sena pulsó el disparador “sin calibrar la importancia de la foto que hacía”.